

“Dar la vida y la muerte por la revolución”: moral y política en la praxis militante
Ana Guglielmucci (Becaria CONICET- FFyL-UBA)

La praxis militante cambia su forma de acuerdo al contexto socio-político en el cual se expresa. Por otro lado, lo que entendemos por violencia varía según la clave de lectura ideológico-política que adoptemos sobre la “realidad” que aprendemos cotidianamente. Consideraremos estas premisas para aproximarnos a los idearios de militancia política forjados en las décadas del sesenta y setenta en la Argentina, e intentar comprender cómo fue posible que miles de hombres y mujeres concibieran -en sus propios términos- “*dar la vida y la muerte por la revolución*”.

Partiendo de una investigación más amplia¹, aquí nos referiremos -brevemente- a cómo un conjunto de mujeres militantes se forjaron imágenes de la política y claves de lectura de los acontecimientos históricos que estamparon sus creencias y sus prácticas posteriores en organizaciones político-militares, para abocarnos luego a analizar cómo se sustentó el compromiso revolucionario “en” y “por” la organización..

Voluntad política y acción revolucionaria:

La percepción de que el mundo debía cambiarse en forma violenta se esparció dentro del clima ideológico de la sociedad argentina mucho antes que las organizaciones armadas adquirieran la masividad de los años ‘70. La instauración de estados militares autoritarios, que se plantearon reorganizar la moral de la sociedad a través de la inculcación de valores “occidentales y cristianos”, enérgicamente cuestionados durante la época, avivó la radicalización ideológica y política de amplios sectores de la población, los cuales -al sentirse afectados en su libertad de expresión- se declararon compelidos a actuar al respecto. Como expresó una de nuestras interlocutoras: “*Yo me incorporé a la vida política por obra y gracia de Onganía al dar el golpe militar de 1966. Digo que fue él quien nos impulsó a politizarnos cuando envió soldados a las puertas de las Facultades. Un día voy a entrar y un soldado me dijo: ‘no puede entrar’. Le contesté airada: ‘¿por qué no?’, él tendría la misma edad que yo, 18 años. Respondió: ‘porque la Universidad está intervenida’. A partir de ese girar e irme empecé a querer cambiar el mundo, o, como digo a veces, la sensación era que me llevaba el mundo por delante. Enfilé identificándome con la izquierda*”

En las entrevistas, la política aparece definida como un escenario del cual era imposible sustraerse y donde la fuerza prevalecía sobre el diálogo, percepción que se vio reforzada por toda una serie de acontecimientos que se sucedieron a principios de la década del setenta donde la violencia y la movilización popular asumieron un rol protagónico. El fusilamiento de prisioneros políticos detenidos en la cárcel de Rawson, los enfrentamientos entre la derecha y la izquierda peronista durante el arribo de Perón a Ezeiza, y otras manifestaciones populares, fueron citados como eventos -entre otros- que incidieron notablemente en su politización temprana o en su radicalización política posterior, pues las obligó a informarse, movilizarse al respecto y tomar partido en este tipo de confrontaciones públicas. Como expuso una de nuestras interlocutoras: *“Hubo un hecho en este país que a mí me dio vuelta la cabeza y fue la masacre de Trelew. Yo en ese entonces tenía 16 años, vi unos cajones en la vereda. La famosa incursión de Villar, cuando la Policía Federal irrumpió en un local del PJ. Mi vida en ese momento era la música, un poco los estudios, algún que otro amor y los bichos. Bueno, ese hecho a mí me cambió la cabeza. Fue llegar y empezar a preguntar, que todo el mundo comentara lo que pasó. Digamos que me emppecé a informar a partir de eso. Era prácticamente encontrarse con la muerte ahí. Me impactó muchísimo. Yo en ese momento tenía un profesor de Educación Democrática, me acuerdo que yo llegué, conté, y él dijo: ‘Tener la edad que tienen ustedes en este momento histórico aquí, en Argentina y en Latinoamérica, es un privilegio, aprovechenlo para aprender, para investigar, para informarse’. Estaba por resolverse un momento histórico que es la vuelta o no de Perón, la caída o no de la dictadura y un proceso que no se sabe qué va a pasar. A mí me dio como una sensación de miedo y placer. ¡Cómo que el futuro era tan grande y tan para adelante! [...]En ese momento no hacer militancia, o no acercarte a la gente, o a investigar, o a tratar de entender, era quedarse absolutamente afuera”*.

A partir de la participación en diferentes actividades sociales y políticas, las mujeres entrevistadas comenzaron a percibir su capacidad de influir en el espacio público. Pero, llegó un momento en que la sola vocación de intervención en la vida social fue considerada insuficiente. No bastaba tener ideales de una sociedad mejor y discutirlos; era necesario luchar de otra forma para que esos ideales triunfaran. La acción revolucionaria, en este sentido, se mostró como expresión de una sensibilidad hacia la “cuestión social” acompañada de una voluntad de cambio radical.

En un país donde la política había sido y era vivida como sinónimo de confrontación, antinomia violenta y persecución, nuestras interlocutoras se sintieron atraídas por alternativas que propugnaban un cambio revolucionario, desde los más diversos ámbitos, sobre una realidad percibida como “injusta” y “asfixiante”. En este clima, la lucha armada comenzó a ser vista como una alternativa viable a la política tradicional partidaria, reafirmando la percepción de que el “poder”, concentrado y denegado durante años de dictaduras y gobiernos de escasa legitimidad, debía tomarse por la fuerza.

Para ese entonces, muchas de las mujeres entrevistadas comenzaron a especular que si los canales de participación no se abrían, tendrían que forzarlos, para lo cual era necesario tomar un compromiso concreto con un grupo, “encuadrarse”, para pasar de la “voluntad de intervención política” a la “acción revolucionaria”. Como declaró una de ellas: “*Alrededor del 9 de junio de 1971 me integro al peronismo en la Universidad. A la par me contacta un compañero, un gran amigo de los primeros años en la universidad, de esos que uno se había enamorado unilateralmente. Me habla muy seriamente para ingresar a la lucha armada. Siempre temí la violencia. [Pero] si esas formas de lucha [huelgas, manifestaciones, etc.] no eran suficientes para dar vuelta la tortilla se podía llegar a buscar alternativas más eficientes, como estaba desarrollándose en otros países hermanos latinoamericanos*”.

Más allá de la ideología de las mujeres interpeladas, la utilización de la violencia como medio de transformación social fue conceptualizada como una elección “históricamente fundamentada” y, por lo tanto, “justa”, en tanto cortejaba reivindicaciones ligadas a sectores populares nacionales e internacionales, seculares y religiosos, vedadas por diferentes gobiernos considerados ilegítimos. Sus opciones fueron entendidas como parte de la “violencia popular”, emergente y resultado de la “violencia sistemática” expresada en la proscripción del peronismo, la desocupación, los cierres de fábricas e ingenios, los jornales impagos, la usura, la explotación, el hambre, los asesinatos, las intervenciones a las entidades gremiales y educativas. Como sintetizó una de ellas: “*A la violencia de arriba se le debía imponer la violencia de abajo*”, la cual -en términos del sacerdote Camilo Torres-, no era “violencia” sino “justicia”.

La opción por la lucha armada fue concebida, entonces, como un medio de defensa, y como una herramienta colectiva viable para gestar nuevas relaciones sociales a escala mundial. La elección que hicieron nuestras interlocutoras, de este modo, fue vivenciada como una opción política apuntalada en una “sensibilidad radical” compartida por amplios sectores de la sociedad, que expresaba la necesidad vital de un cambio que trascendiera todos los ámbitos de la experiencia humana: las relaciones familiares, la crianza de los hijos, las relaciones sexuales, la religión, las relaciones materiales, la justicia, entre otros.

La creencia en la necesidad de un cambio radical y violento, y su triunfo inexorable, constituyó un elemento fundamental en la lectura de nuestras entrevistadas acerca de sí mismas, la humanidad, y sus circunstancias, pues proveyó un marco a partir del cual las mujeres se proyectaron como posibles protagonistas de un cambio “ya escrito” en los anales del porvenir. Tal creencia se vio apuntalada por la extensión del proceso revolucionario alrededor del mundo, el reconocimiento de Perón a las llamadas “formaciones especiales” y la instalación en la sociedad del discurso del “socialismo nacional”, lo que en gran medida las estimuló a integrarse en organizaciones que optaron por la lucha armada para construir una sociedad mejor.

El ingreso a organizaciones revolucionarias, de este modo, emerge en el relato de las mujeres como un “paso natural”. Como prolongación de una vocación de intervención pública, expresada a través del “compromiso social”, el “deber moral”, el “ocupar las plazas”, el “algo había que hacer” frente a una sociedad percibida como “injusta” y “opresora”. En palabras de una de ellas: “*Si no nos defendíamos entre pares no había destino, no había un lugar social para poder vivir, un lugar en el mundo para desarrollarse, trabajar. Quisimos cambiar el país, ser sujetos constructores de nuevas reglas de moral, de ética..., mientras teníamos novios, paríamos, bailábamos, estudiábamos, leíamos a Marx, a Perón, a Fanon, a Cárdenas, a Lumumba, trabajábamos, barriámos, coqueteábamos..., ¡militábamos!*”.

Para el año 1973, todas nuestras interlocutoras se encontraban encuadradas en algunas de las tantas organizaciones que adherían a la lucha armada como estrategia política. Opción que se vio alentada -como señaló una de ellas- por la extensión del autoritarismo estatal y la violencia para-policial: “*En el '73 tomo contacto con el FLS (Frente de Lucha de Secundarios). Discuto con el PC. Yo creo que ahí tomo la decisión de resolver, con*

muchísimas limitaciones, qué es lo que quería hacer y adónde me quería acercar. Sí, tenía una gran simpatía por la guerrilla. A mí ese año me impactó muchísimo “Moral y proletarización”, que era un documento que había hecho la gente de Trelew desde la cárcel; por primera vez me informó lo que es la tortura. Es como que empiezo a entender un poquito lo que es una dictadura, el tema de la justicia y de la venganza, cuando matan a Pujadas. Lo de Ezeiza me impactó muchísimo. Como que iba haciendo cosas, aprendiendo sobre la marcha. No tenías tiempo de leer y hacer. Después empiezo a trabajar por la libertad de los presos, ligada ya a la Juventud Guevarista.

La participación en organizaciones revolucionarias les permitió, de este modo, poner en práctica una mezcla de discursos, sensaciones y percepciones que ya traían consigo, terminando de anudar su mundo afectivo-valorativo con la actividad política, y dándole a la vocación de intervención pública un sentido final de acción revolucionaria. Ejercicio que además de implicar una serie de actividades políticas, suponía una actitud ética y un saber sobre el mundo. De acuerdo a nuestras interlocutoras, “ser revolucionario” equivalía a “hacer lo que se dice”, o sea, luchar por un mundo mejor, sin ilusiones, ni mentiras, un mundo justo e independiente. La revolución se convirtió, de esta forma, en el lugar de realización de la ética y la legitimación personal, en el espacio de gestación del “hombre nuevo”, el cual fue definido por una de ellas como: “*un hombre con capacidad de entrega, comprometido con un cambio, con una mayor justicia social, independencia económica y soberanía política*”.

El compromiso revolucionario:

Para que el universo ideológico revolucionario pudiera ser puesto en práctica se requería una entrega y un compromiso incondicional, la subordinación de la vida a la revolución. El compromiso social y la confianza en la victoria del proyecto revolucionario abrevaron y fueron consolidados por la participación en organizaciones político-militares, donde se desplegaron diversas dinámicas colectivas para que nuestras interlocutoras sustentaran “*dar el cuerpo y el alma por la revolución*”.

La organización constituyó un ámbito donde confluyeron personas, se compartieron ideologías y, fundamentalmente, se llevaron a cabo acciones tendientes a instaurar la creencia en la necesidad histórica y moral de un cambio revolucionario. Creencia que respondía no

sólo a la *lógica objetiva de las ideas* sino -primordialmente- a la *lógica de la pertenencia o confianza acordada* (De Ipola, 1997: 12), en tanto, quien decía “creer en la revolución” no sólo expresaba su adhesión a un sistema de enunciados que se tenían por verdaderos, afirmaba una certeza personal o dejaba constancia de su convicción, sino que -fundamentalmente- daba testimonio a los suyos de una fidelidad.

Por medio de la praxis militante, hombres y mujeres pusieron en juego una serie de normas, valores, y cosmovisiones que respondían no sólo a un corpus de ideas coherente y argumentado, sino también al compromiso con los suyos, al “ser miembro de”. Creer en la revolución se encontraba entrañablemente implicado con la creencia en el colectivo que la forjaba. Colectivo atravesado no sólo por relaciones de afinidad política, sino también por relaciones de parentesco, amistad, y pareja.

La organización revolucionaria constituyó para nuestras interlocutoras un referente político y afectivo primordial, instaurándose como el colectivo de socialización donde se inscribía -en un sentido amplio- su crecimiento ideológico-político y moral. La organización fue pensada como el ámbito desde donde podían transformarse, transformando al mismo tiempo las circunstancias en las cuales se encontraban. El proceso de transformación, de este modo, fue percibido como factible “en” y “por” la organización en tanto espacio instituyente. Así imaginaron al “hombre nuevo”, embrión del proyecto revolucionario, el cual realizaría todas sus capacidades en beneficio absoluto de una colectividad.

La encarnación del “hombre nuevo” no podía darse sin la entrega incondicional a la “*orga*”, al colectivo que permitiría alcanzar la victoria del ideario revolucionario. La organización político-militar, en este sentido, fue percibida como el símbolo, la expresión viviente -ante los ojos de todos los militantes- del ideario político, como su garante y defensora. Podríamos decir que ella fue vivenciada como algo *sagrado*, en tanto se sentía por fuera y por encima de sus miembros individuales (Durkheim, 1973). En este marco, interpretamos que los miembros de la “*orga*” no sólo se encontraron individualmente atraídos unos a otros porque se asemejaban -fundamentalmente en términos ideológicos-, sino que estaban ligados también a la condición de existencia de este colectivo. Una sociedad, como explicó una de las mujeres entrevistadas, donde “*se armaba, se comía y se dormía juntos*”.

Lo anterior no implica negar que junto a las bases compartidas coexistieron jerarquías y especializaciones. Todas las mujeres entrevistadas manifestaron su convivencia durante años de militancia con grandes diferencias sobre las posiciones y las acciones políticas concretas efectuadas por sus grupos de pertenencia, aunque raramente las comunicaron a los otros o las aceptaron ante sí mismas. Del mismo modo que, al interior de las organizaciones revolucionarias, praxis políticas comunitarias e igualitarias convivieron con un conjunto diferenciado de prácticas compartimentadas y deberes de jerarquía. Consideraciones que nos conducen a examinar cómo funcionaron las organizaciones con tales diferencias.

A través de una cadena diariamente renovada de dones y responsabilidades compartidas, los militantes sellaron estrechos lazos de confianza y fidelidad entre ellos, fomentando su comunión; donde cada individuo era trascendente en tanto parte del colectivo que encarnaba el proyecto de transformación. En este contexto, advertimos cómo la existencia de un sistema de obligaciones recíprocas² vigente en las organizaciones revolucionarias, pudo haber colaborado -tanto en el ámbito cognitivo como material- a diluir las divergencias internas y a movilizar motivaciones auxiliares para la conformidad con las exigencias de jerarquía establecidas.

La militancia se presentó como un entrelazado de operaciones, una combinación de dones y deudas, una red de reconocimientos y derechos. En ella, cada militante -en virtud de su creencia en la revolución- abandonaba una ventaja presente, o algo de sus pretensiones individuales, para conceder crédito a un destinatario, que podía ser otro militante o simpatizante; al fin de cuentas: otro “*compañero*”. De este modo, podemos decir que, cada militante se sacrificaba; sacrificio que -en términos de Durkheim (1968)- implicaría la instauración y representación de la colectividad, en tanto por lo que él sustrae a la autosuficiencia individual, hace pesar sobre lo propio de cada uno (cuerpo, bienes, etc.) la existencia del otro. Sacrificio que, entendido como “*don*” -en términos de Michel de Certeau (1981)- ‘*hace sentido*’ sustituyendo un deber a un tener, en tanto el donador adquiere por su sacrificio el derecho a que lo sostengan (no sólo materialmente sino también simbólicamente).

En este marco, se comprenden frases expuestas por nuestras interlocutoras como “*dar el cuerpo y el alma*”, “*dar la vida y la muerte*”, donde “*el riesgo valía la pena, porque la revolución era lo más importante*”. Frases que nos hablan de la creencia en la revolución

como práctica contractual de expectativas mutuas, del tipo: “tu lo crees si lo haces, y si no lo haces, no lo crees”. Proposición que no se refiere necesariamente a la validez de un saber, sino que apela -primordialmente- a la solidaridad entre los participantes del proyecto revolucionario.

La praxis militante y la complejión del ideario revolucionario:

La organización revolucionaria, cualquiera fuese su directriz ideológica, constituía un colectivo surcado por relaciones no sólo políticas, sino también de parentesco, amistad y pareja. Tal observación es constatada al analizar la incorporación de nuestras interlocutoras a dichas organizaciones, incorporación que estuvo signada por el reconocimiento de ciertas particularidades previas que nos hablan del tipo de relaciones que circulaban en ellas.

Al conversar cómo empezaron a participar en organizaciones político-militares, las mujeres invocaron -invariablemente- lazos de sangre y afinidad signados ideológicamente. Al mismo tiempo que familiares, amigos, novios o conocidos en sus ámbitos de estudio o laborales aparecían como una “puerta de entrada” a la política, también eran distinguidos siguiendo pautas ideológicas. Las fronteras entre el parentesco, la amistad y la ideología se intrincaban, de este modo, tejiendo una urdimbre muy particular.

Al respecto, notamos que si bien estos lazos funcionaron como canales de “politización” y como patrones de socialización dentro de las organizaciones, impregnándolas de principios y valores como: la confianza, la solidaridad y la lealtad mutua, fueron las adhesiones ideológicas las que marcaron los límites de un tipo de comunidad donde sus miembros se encontraban hermanados por la fuerza de las definiciones políticas. Definiciones reforzadas tanto por la participación en grupos de lectura, estudio, debate, entrenamiento físico-militar, y diversas acciones de irrupción en el espacio público, como en toda una serie de rituales de socialización que tendieron a "familiarizar" las relaciones ideológico-políticas.

Como ya señalamos anteriormente, la organización conformaba para sus miembros un referente político y afectivo primordial, constituyéndose en el colectivo donde se inscribía -en un sentido amplio- su crecimiento personal. Los hombres y mujeres que participaban en la misma “orga” compartían un ideario político y desarrollaban diversas prácticas (acciones

político-militares, pintadas, volanteos, entre otras), al mismo tiempo que celebraban juntos distintos acontecimientos de la vida familiar (cumpleaños, noviazgos, casamientos, bautismos, nacimientos) y participaban de diversos rituales de socialización (peñas, quermeses, etc.). Todo ello -en palabras de una de las mujeres entrevistadas- los tornó “*carne y uña*”, identificándolos mutuamente como inseparables: “*Nos casamos el primer día de marzo de 1974, ante un embarazo de tres meses. Una compañera me prestó un vestido blanco de verano. El día del Registro Civil no podía despertarlo al Flaco pues era muy dormilón. Le decía: 'Despertate que tenemos que casarnos'. Él resfriaba. Nos fuimos al Registro Civil muy enamorados. Estaban presentes un hermano del Flaco y un hermano mío. Como testigo [...] con su esposa. Otra pareja de amigos [...]. Mi amiga de la infancia [todos compañeros de militancia]. Todos éramos carne y uña en la barra de la playa y nadie faltaba a las citas en las noches y farras marplatenses. La tarde de ese día había una marcha muy importante contra el Jefe de Policía Federal en Capital Federal: Villar. Nos cambiamos de ropa y nos fuimos a la marcha*”.

El “*compartir todo*” dentro de la “*orga*” fue señalado por las mujeres como un elemento definitorio de su militancia, intrínsecamente relacionado con sus ideales políticos. Vestimenta, comidas, fiestas, material de lectura, charlas, dinero, vivienda, adrenalina, emociones, hasta la maternidad se compartía. Las mujeres que eran madres cuentan al respecto cómo se rotaban entre los compañeros de militancia para cuidar a los hijos: “*La militancia era un lío con los chicos, tus viejos te los cuidaban, pero llegaba un punto que era más fácil arreglar entre nosotros, porque no tenías que andar dando explicaciones. Los compañeros eran como los tíos. Es más, a veces vivíamos todos juntos*”.

El acompañamiento renovado diariamente entre unos y otros, al mismo tiempo que selló lazos de confianza y lealtad, alentó el compromiso y la responsabilidad con “la lucha”, y con la organización. A medida que la cadena de dones se expandía, que un sin fin de actividades de cooperación entrelazaban al grupo de militantes ampliando su camaradería, se fortaleció el compromiso ideológico y la seguridad de estar construyendo un proyecto social alternativo entre “*compañeros*”. Como expresó una de nuestras interlocutoras: “*La sensación que se tenía era que se podía pensar en grupo, se podía construir pensando, no era debatir o polemizar permanentemente. Se podía construir un pensamiento. Y del mismo modo como podíamos hacer una reunión e irnos todos al cine, o a comer una pizza, o lo que fuere, podíamos*

construir pensamiento colectivo y la sensación era que todo era futuro, el pasado era tan chiquito, a diferencia de hoy, que el pasado es tan pesado y tan monstruoso”. De ahí la potencia de la creencia en la revolución, la cual daba cuenta, tanto de una convicción personal como de una fidelidad al resto del grupo.

Los “*compañeros*”, simbólicamente, eran aquellos hombres y mujeres que compartían las mismas preocupaciones, los mismos principios y valores, los mismos códigos, aquellos con los que –en términos de nuestras interlocutoras- “*podías contar incondicionalmente*”, con los que “*sólo bastaba una mirada para saber de qué estabas hablando*”, los que “*respiraban el mismo aire que uno*”. Tales propiedades, subyacentes al reconocimiento mutuo, eran vivenciadas con mayor intensidad en las “*células*” o en los “*ámbitos*”³ de cada “*orga*”, donde predominaban lazos de tipo comunitario. Sin embargo, la figura del “*compañero*” y los atributos asociados a ella, se propagaron por toda la estructura político-militar de las organizaciones.

Los miembros de una misma “*célula*” o “*ámbito*” generalmente compartían trayectorias comunes, ya sea estudiantiles, familiares, barriales o religiosas, eran amigos o pareja, compartían espacios de recreación, al mismo tiempo que llevaban adelante diversas acciones que afirmaban sus compromisos y lealtades mutuas. Este tipo de vínculos, sin embargo, no se acabó allí, pues: los lazos de parentesco y amistad (no tanto los de pareja) traspusieron los límites de las “*células*”, lo que también ocurrió con las acciones políticas y/o militares. Cada “*célula*” -frecuentemente- coordinaba acciones con otras, el “*responsable*” de cada “*ámbito*” se reunía periódicamente con “*responsables*” de otros “*ámbitos*”, y así sucesivamente. Tales articulaciones, de hecho, eran las que permitían apreciar la organización en su totalidad como una entidad con cuerpo específico, con valores, normas, creencias y experiencias compartidas.

La simbolización de la organización revolucionaria como un colectivo poderosamente articulado, se expresó en las diferentes estrategias concebidas para garantizar la seguridad y la permanencia de cada uno de los militantes en un contexto de violencia política cotidiana. Cada uno de los miembros de la “*orga*” debía reportarse periódicamente a un “*responsable*”, el cual -a su vez- debía reportarse a su respectivo “*responsable*”. De esta forma, se articuló una cadena de responsabilidades que posibilitaba el monitoreo y supervisión de cada uno de los eslabones, donde si uno de ellos faltaba o se debilitaba moral o políticamente, ponía en

cuestión a todo el grupo. Tal cadena de compromisos suponía que ningún militante podía obrar con independencia de lo acordado por la “orga”.

En cada una de las operaciones político-militares, de este modo, se pusieron en juego toda una serie de prácticas de cooperación que gradualmente consolidaron lazos de solidaridad y complicidad entre sus miembros. Lazos fortalecidos también por el secreto, que suturó los vínculos entre los miembros de una misma “orga”, exorcizando el miedo -como señala una de las mujeres entrevistadas-, mientras compartían responsabilidades, desvelos, vigilias y desayunos trasnochados, luego de una larga jornada de actividades políticas y cotidianas: *“Hubo una vez que descubrimos un lugar en provincia donde la cana llevaba gente para torturarla. Se le había hecho mierda la casa con una bomba cuando estaba vacía, entonces, lo que había que hacer era meter en las paradas de los colectivos de alrededor de esa casa carteles que dijeron que esa bomba había sido producto de que ahí había tal cosa y tal otra. Nos mandaron a nosotros porque no éramos de ahí, porque laburábamos en Capital, lo hicimos con otros compañeros que eran de Capital. No podes hacer algo en la puerta de la fábrica donde vos laburás porque era quemarse, entonces venía gente de afuera a hacerlo. Con dos compañeros íbamos en un auto y colgábamos los carteles de que nos hacíamos cargo de esa bomba. A las 5 de la mañana había gente esperando el colectivo, pero era otra realidad, yo ahora en la Matanza a la madrugada no voy ni loca. En ese momento no tenía miedo. Era lo que quería hacer. Se hicieron como las seis de la mañana, el compañero nos llevó a Capital, yo entraba a las ocho, él también, tomamos un desayuno y nos fuimos a laburar. Y para todo esto habíamos hecho todo el día. Una mina que laburaba conmigo, me mira y me dice: ‘viniste con la misma ropa’. ‘Sí, tenés razón, lo que pasa es que esta mañana me desperté tarde, no me bañé’. ¡Tenía una pinta, una cara!. Ni pasamos por casa”.*

La cooperación, como vimos en el testimonio anterior, implicó repartirse tareas comunes, división del trabajo que a veces involucraba altos grados de especialización que reflejaban diferencias de jerarquía. Tales distinciones, no obstante, se dieron en el seno de un ideario de reciprocidad, el cual suponía que cuanto mayor fuera el grado de jerarquía mayores debían ser las responsabilidades y el compromiso. La jerarquía debía corresponderse -idealmente- con una mayor capacidad ya sea política o militar, con la posibilidad de asumir ciertas responsabilidades morales y ciertos riesgos vitales, como matar o que te maten. Como reveló una ex oficial montonera: *“Para desarmar a un policía vos te exponías a tener que matar o*

que te maten, entonces, bueno..., requería preparación, entrenamiento físico y manejo de armas. En general, la organización no promovió esto hacia abajo, no se promovía porque implicaba eso, la posibilidad de tener que matar o que te maten”.

La autoridad respondía a un trabajo, a una atención constante respecto a los miembros de la “orga” de menor jerarquía. “Atención” que implicaba observar, escuchar, asistir, preservar, contener, adiestrar, explicar, instruir. Relación que, según el caso, podía darse más o menos dúctilmente, como bromeó una de nuestras interlocutoras: “*Había gente que era más creativa, una compañera contaba que el compañero con el que después vivió, la empezó a atender a ella, entonces le dijo, bueno mirá, un lugar tranquilo para estudiar es un hotel alojamiento. ¡Flor de boludo que era tu compañero!, le decíamos. Pero, no era el único, después nos hemos enterado de otros también. ¡Éramos jóvenes!*”.

La capacidad de sacrificarse por la revolución constituyó una condición subyacente al principio de autoridad. Por medio del gasto visible de tiempo, saberes, energía, e incluso, por la puesta en peligro de la propia vida, aquél que sacrificaba algo de su autosuficiencia individual obtenía el reconocimiento acordado de un valor por parte del grupo. Reconocimiento que se podía expresar de diferentes maneras, ya sea a través del derecho a mandar, el derecho a ser mantenido económicamente por la organización, etc. Reconocimiento que suponía, a su vez, una responsabilidad. De esta forma, se articuló una cadena de deudas y de derechos, una cadena de adhesiones y credibilidades, en la cual se sustentó el proyecto revolucionario.

En este sentido, si bien se presentaron notables diferencias de jerarquía, ellas tendieron a ser leídas por nuestras interlocutoras como expresión de una “*necesidad operativa*” y corolario de los “*méritos en la lucha*”, lo cual suponía el despliegue de obligaciones diferenciadas en una cadena de prestaciones recíprocas. A través de esta dinámica, dado que todos se encontraban en deuda dentro de la “orga”, las necesidades y sentimientos colectivos tendieron a ser tamizados por encima de las necesidades y sentimientos individuales.

Moral y política: el “hombre nuevo”

El arquetipo del “hombre nuevo”, enunciado y encarnado en gran medida por el “Che” Guevara, supuso una amplia capacidad de entrega y compromiso. Lo cual implicó la subsunción de las cuestiones individuales al colectivo que legitimaba el proyecto de transformación social: la organización, donde toda acción personal se tornaba moral y política.

Un conjunto de reglas y normas -más o menos formales- abarcaban el conjunto de la vida de cada militante, el que se sentía integrante de una organización, al mismo tiempo que invadido por la misma. Cada acción se encontraba sujeta a la apreciación política del conjunto, el cual evaluaba su sentido en términos ideológicos e intervenía cuando lo consideraba “*contrarevolucionario*”. Al respecto, resulta ilustrativa una anécdota relatada por una de las mujeres entrevistadas: “*Yo no era ninguna santa, tenía mi pareja estable, pero era de coquetear. Pero, como todos, tenía autoridad para decir lo que ‘no tenías que hacer’. Había mucho despelote con eso. Se intervenía mucho en las casas. Me acuerdo que teníamos un compañero que la fajaba a la compañera, eran gente muy pobre, laburantes, entonces dijimos que había que hablarle. [...] fuimos todos, hicimos un asado, lo pasamos re bien y lo agarraron al compañero y le hablaron, lo que significaba lo que él hacía, le bajaron línea, digamos*”.

La existencia de valores por encima del individuo permitieron y fomentaron el despliegue de una serie de mecanismos de disciplinamiento de cada militante. Nuestras interlocutoras señalan cómo la “*orga*” intervenía en la “vida privada” de sus miembros, adoctrinando, inculcando valores comunes, y sancionando determinados comportamientos considerados “individualistas”, lo que podía ir desde fumar marihuana, mantener relaciones sexuales con otra persona que no fuera el compañero, hasta cualquier otro tipo de placer individual que no se correspondiera con los cánones grupales: “*Estaba la cosa en ese momento, donde discutíamos que, por un lado, era tu vida política, tu vida de militante y, por otro, tu vida de todos los días. En eso mi compañero, como buen ex troso era más..., yo era bastante despelotada, es más, de tanto en tanto me fumaba un porrito y él se re enojaba, decía que era contra revolucionario, yo lo miraba y le decía que me dejara de hinchar las pelotas, que me gustaba. La militancia había que cumplirla, pero tampoco ser una monja. Después igual, yo ahí fue donde más entendí el asunto de la droga, con un compañero más grande, que me decía: ‘es sencillo, vos te das un gusto, pero vos acá beneficias al narcotráfico, el narcotráfico está directamente ligado con los milicos, con el imperialismo’. Entonces, una no*

puede hacer una vida de militar y, a su vez, indirectamente... Entonces, me dijo: 'nunca más'. Me agarró ese compañero que me dijo: 'esto tiene que ver con esto', y a partir de esa época no lo hice nunca más, como si me hubieran abierto la cabeza".

La militancia implicaba corresponder ideas y prácticas, siguiendo el principio de no contradicción: "se hace lo que se dice". En este sentido, mente y cuerpo, cuerpo y alma se plantearon como entidades inseparables, mutuamente imbricadas en la participación política. El militante debía entregarse por completo a la revolución: tiempo, intereses, carne, músculos, sangre, espíritu, palabra, hasta el último aliento. En palabras de una de nuestras interlocutoras: "*En esa época, la militancia era poner todo, el cuerpo y el alma, era bastante poco esquizofrénico, como puede ser un tipo de militancia del famoso revolucionario que llega a la casa y le pega un bollo a la mujer. O de los que luchan por la liberación y oprimen a otros, ser racista. Acá era una cosa de poner todo*".

Se debía militar las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año. Pues, el compromiso político se ponía en juego en cada momento, en cada conflicto. No se podía ser indiferente a las problemáticas sociales. La militancia implicaba una actitud de sensibilidad, que no significaba sólo sufrir, sino transformar la realidad y ser sensible frente a lo que le podía pasar a cualquiera en cualquier momento y en cualquier parte del mundo: "*Con mi compañero nos levantábamos a la mañana y cada uno se iba para su fábrica. Por ahí yo tenía una reunión con el gremio telefónico, ahí se hablaba de los conflictos que teníamos. Por otro lado, si veías que había algún conflicto te bajabas y les dabas tu solidaridad, te ponías en contacto con la comisión directiva de ahí y sino tenían, tenías que ponerte en contacto con la persona que estaba llevando eso adelante. Después militabas con tu organización, nos encontrábamos con nuestros compañeros [...]. Sábado y domingo también, yo iba todas las semanas al cine, pero no me acuerdo en qué momentos iba. La coordinadora de gremios en lucha se hacia los domingos, ¡a las ocho de la mañana!*

"*Poner todo*" suponía estar preparado para los requerimientos de la "lucha revolucionaria", estar adiestrado físicamente y militarmente, para poder escapar o defenderse ante las fuerzas de seguridad, y estar adoctrinado para poder argumentar la opción política elegida y ganar simpatizantes a la causa. "*Poner todo*" implicaba pasar por diversas experiencias vitales, más allá de los gustos y las costumbres de cada uno. Como por ejemplo, tomar clases de *Karate*,

realizar prácticas de tiro, ir a trabajar a una villa, leer las obras completas de Karl Marx, Hernández Arregui u otros pensadores, “proletarizarse”⁴. Pluralidad de experiencias que - como mencionó una de las mujeres entrevistadas- acarreaba situaciones controvertidas y dificultades personales relacionadas con el status de vida, el nivel educacional -entre otras cosas- que portaba cada militante: “*Yo trabajaba en una fábrica donde hubo pedido de gente, y se logran meter un montón de compañeras de la M [Montoneros]. La fábrica quedaba en Godoy Cruz casi Libertador, donde está la embajada de EEUU. Eran 4 o 5, se notaba que eran chicas arregladas, un día me invitaron a la casa de una de ellas, jun piso, para esa época!, porque querían saber cómo moverse adentro de la fábrica, ellas venían de estudiar en la facultad. Había un mandato de la dirección de que todo el mundo tenía que entrar a una fábrica para proletarizarse, tanto en el PRT como en la M. Que no estaba mal de última, digamos, pero pasa que fue tan..., en algunos casos, como los de estas pibas que estaban en la facultad y, entraron ahí y no entendían un pedo de la vida, venían de vivir muy bien en sus casas y no entendían nada*”.

Tal concepción acerca de la praxis militante expresaba la intención de mostrarse como “ejemplos de lucha”, como protagonistas del ideal revolucionario. Ideal a ser imitado si se quería verdaderamente transformar la sociedad y sus injusticias. Las tareas revolucionarias, de este modo, plantearon varios desafíos: la pedagogía del ejemplo, la crítica y la autocrítica, la relación permanente teoría/práctica, cuyo éxito o fracaso sería evaluado por la “orga”. Como mencionaron algunas de nuestras interlocutoras, sin embargo, no resultaba sencillo corresponder a tal arquetipo, pues, al mismo tiempo que envolvía cada acción de la vida cotidiana, muchas veces entró en tensión con deseos o necesidades individuales que no se correspondían con los del grupo: “*Uno tenía que ser coherente, porque uno lo que quería era ser ejemplo, era la razón por la que uno militaba, uno quería que lo tomaran en cuenta, que lo escucharan, ganar gente para organizarla. Pero, vos tenías que ser ejemplo de todo y en tu casa también tenías que portarte, pero costaba, y además en los ámbitos de discusión de las organizaciones lo individual tenía un lugar pero hasta ahí nomás. A mí, bueno, porque mi compañero, botón de mierda, fue y dijo: ‘mi compañera de vez en cuando se baja un porro, quiero que hablen con ella’, entonces sí, pero, sino yo no me hubiera animado a ir a plantear: ‘mirá, en realidad estoy saliendo con otro’, o este tipo de cosas, porque sabías que ibas a ser crucificada*”.

Una serie de normas y pautas tácitas abarcaron desde una moral estricta sobre las conductas personales hasta una concepción general acerca de lo que significaba ser un “*buen militante*”. La “*orga*”, a través de sus “*responsables*”, evaluaba el compromiso de cada uno, decidiendo cuán comprometido o no se encontraba de acuerdo a las diferentes tareas que realizaba, estableciendo –de este modo- una especie de “meritocracia”. Se apreciaba la formación ideológica, la capacidad política y/o militar, la disposición a cumplir las resoluciones de la “*orga*”, la efectividad con que se cumplían y la dedicación que se le destinaba. Con predominio del siguiente criterio: “cuanto más de acuerdo con los criterios del grupo actuaba uno, más comprometido estaba y, en consecuencia, mejor militante era”. De esta forma, el militante debía responder a la “*orga*” por la totalidad de su existencia.

Cuando un militante marcaba una posición política o llevaba a cabo una acción que ponía en juego una diferencia violenta con el grupo o que ofendía al órgano del ideario político revolucionario, la reacción de la organización no se hacía esperar y caía sobre el individuo que amenazaba la unidad a través de sanciones que marcaban su honor y definían su carrera política. Aquellos militantes que no cumplían con las normas del modelo dominante, dudaban de ellas o las contradecían, eran descalificados, recayendo sobre ellos estigmas como el de “*pequeño burgués*”, “*contrarrevolucionario*”, “*cobarde*”, “*traidor*”, y sanciones que podían ir desde llamados de atención hasta la expulsión, pues, la desobediencia no era tolerada dentro de las organizaciones. Al respecto, una de las mujeres entrevistadas relata cómo la “*orga*” a la que pertenecían ella y su marido, los mandó sancionados al norte del país, fuera de su área de pertenencia social y política, a causa de discrepancias por una controvertida operación político-militar de Montoneros en la columna donde él era responsable: “*En Mayo del '74 nos mandan a Jujuy, en realidad la organización nos traslada, lo mandan sancionado al que era mi marido, que había sido conducción de Descamisados, porque él se había opuesto mucho a la operación Rucci, estaba totalmente en contra, y después mucha de la gente de la columna de la cual él era responsable se había ido con la Lealtad, que fue una ruptura de la organización Montoneros, a fines del '73, en donde cuando empieza a haber el enfrentamiento con Perón la organización se parte y todos los que no están de acuerdo se van*”.

La estimación del compromiso revolucionario establecida por las organizaciones favoreció el despliegue de una especie de carrera político-moral internalizada por sus propios miembros,

quienes cuando sentían que no estaban actuando de acuerdo con algo determinado por la lógica oficial, llegaban a dudar de su grado de compromiso, al que ellos mismos clasificaban como insuficiente. Retomando el relato anterior, si bien nuestra interlocutora y su marido no acordaron con el asesinato de Rucci, siguieron en Montoneros y aceptaron la sanción que les impuso la dirección por vulnerar al órgano colectivo, aunque tal sanción pudiera derivar incluso en peligros para su propia vida, al verse desterrados a militar en un medio social donde no se hallaban integrados. En sus propias palabras: “*Uno sentía un poco el abandono, la traición, otros que te miraban con cara de ‘traidor, largaste’, porque hubo esta cosa con los que se fueron con la Lealtad, de abandono, que nos estaban traicionando, traicionando una idea, a los amigos, a aquello por lo cual se había armado todo esto. No podías abandonar a los tuyos. Era peor sentirte un cobarde o un traidor a que te maten en combate*”.

En la militancia, la compleja relación entre el acordar y el disentir, entre el querer y el deber, entre el sacrificio y la felicidad, planteó situaciones comprometidas para muchas de nuestras interlocutoras, quienes escudriñaron la mejor forma de adecuar sus apreciaciones y preferencias personales con las “*exigencias de la orga*”, pues de lo contrario, la opción que les quedaba era irse de ella y ser un paria.

La tensión entre los deseos personales y las razones políticas del colectivo tendió a ser leída como transitoria por los miembros de la organización, en tanto ella fue entendida como parte del proceso de compromiso que iba creciendo, conscientes de avanzar todos hacia el “hombre nuevo” que ya se vislumbraba en el horizonte. De este modo, era el militante el que tenía que maniobrar cuando alguno de sus deseos personales adquiría puntos de desencuentro con la lógica colectiva. Maniobra que era apoyada por los “*compañeros*”, a través de una serie de prácticas pedagógicas que intervenían en su “vida privada”.

La realización personal, transitaba -invariablemente- por la realización del colectivo y del ideario político revolucionario que invocaba. El militante estaría realmente comprometido cuando dejara de priorizar sus sentimientos particulares. La convicción de estar haciendo lo que se quería, en este sentido, era legitimada por la “*orga*”, lo que les permitía -como señaló una de ellas- avanzar sobre las limitaciones individuales, vencer el miedo o el cansancio, y aceptar los riesgos que conllevaba toda acción política, embebiéndolos de coraje ante operaciones que podían implicar tanto la propia muerte o la de compañeros como el dar

muerte a otros. Eventualidades incorporadas en conocidas consignas de la época, como: “*vencer o morir*” y “*Perón o muerte*”.

La militancia en organizaciones, de este modo, además de enlazar una serie de prácticas compartidas y actitudes personales, promovió modelos ideales de comportamiento, que implicaron una serie de mecanismos de disciplinamiento de los gustos para sostener el compromiso y la entrega con el proyecto político colectivo. Para ser un “*buen militante*” había que formarse ideológicamente, estar en buen estado físico, adiestrarse militarmente, ejercitarse la solidaridad cotidiana, sostener una voluntad inquebrantable, alimentar el coraje; condiciones necesarias que eran evaluadas por los “*responsables*” de la “*orga*”. En tanto que, todo aquello que ofendía la moral colectiva debía ser penado, alentando fuertes acciones de repudio. De otro modo, ella se debilitaría, relajándose el soporte del cambio revolucionario.

Clivajes políticos en la militancia revolucionaria: “*clandestinización*”, “*militarización*” y “*burocratización*”

Como hemos dicho, la consolidación de una “*moral de lucha*” fue un componente cardinal de las organizaciones, sustentando las bases de fuertes procesos de adhesión e identificación personales. Los cuales se tornaron absolutamente imprescindibles en el marco de un accionar clandestino y, posteriormente, fuertemente expuesto a los dispositivos represivos estatales y para-estatales⁵.

Cuando la clandestinidad pasó a ser un componente dominante en la estrategia política-militar, los lazos entre los compañeros de militancia se estrecharon, al mismo tiempo que, se construyó su compromiso con la “*lucha revolucionaria*”. Compromiso que, podríamos decir, se cristalizó como exclusivo y excluyente, en tanto aquél que militaba debía priorizar el trabajo para la revolución y -consiguentemente- con la “*orga*” por sobre todas sus otras actividades y relaciones sociales que ellas abarcaban. Como se desprende del relato de una de nuestras interlocutoras “*Me recibí de química en Santa Fe. En el ‘71 entre como becaria de iniciación al CONICET [Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas]. Pero, tuve que dejar, porque debí pasar a la clandestinidad. Ahí, el partido decide mandarme a Rosario, al barrio Swift*”.

Tal dinámica de constreñimiento del compromiso revolucionario, sin embargo, también puso en jaque ciertos valores y principios estimados en la praxis militante, que derivaron en diversos malestares y cuestionamientos personales acerca de su participación en organizaciones político-militares.

Atendiendo a los relatos de nuestras interlocutoras, con relación a la tensión esbozada entre la tendencia al establecimiento de compromisos personales exclusivos y excluyentes con “la lucha” y el debilitamiento de determinados valores constitutivos del ideario revolucionario, se observa la ocurrencia de una estimación periodizada de la organización en la cual militaban. Periodización circunscrita a la percepción de un clivaje político en la militancia, signado por un proceso progresivo de “*clandestinización*”, “*militarización*” y “*burocratización*”, expresado en diversos eventos vivenciados como “hitos” dentro del devenir de las organizaciones.

En primer lugar, se puede apreciar cómo la “*clandestinización*” involucró numerosas alteraciones de la vida cotidiana para los militantes, cambio que -en muchos casos- fue vivenciado por nuestras interlocutoras como “*desgastante*”.

Al respecto, resulta relevante el señalamiento que hace Bourdieu acerca de la “identidad”: *El mundo social, que tiende a identificar la normalidad como la identidad entendida como constancia consigo mismo de un ser responsable, es decir previsible o, como mínimo, inteligible, a la manera de una historia bien construida, propone y dispone todo tipo de instituciones de totalización y de unificación del Yo, [...] siendo la más evidente la del nombre propio, en tanto que designador rígido en un mundo movedizo* (1997: 77). En este sentido, no llama la atención que la “*clandestinización*” de la vida cotidiana haya resultado agotadora para nuestras interlocutoras, pues ello supondría -en términos de Bourdieu- una forma de ruptura con la *institución de una identidad social constante y duradera que garantiza la identidad del individuo biológico en todos los ámbitos sociales posibles en los que interviene*, al mismo tiempo que implicaría -para no ser catalogadas como “anormales”- la creación de otra nueva. Creación que suponía dedicación, energías, saberes, recursos; es decir, un trabajo físico, mental y espiritual para camuflar la identidad oficial previa. Como indicó una de las mujeres entrevistadas: “*Tener documento falso no resolvía las cosas, tenías*

que construirte toda una vida falsa, y te la tenías que aprender de memoria, mejor que la tuya, era todo un trabajo, había que dedicarle mucho tiempo”.

La clandestinidad, como refugio para sobrevivir ante las prácticas violentas de la represión, exigió de los militantes ajustes extraordinarios en su cotidaneidad. Por un lado, la “muerte civil”, la desaparición del “mundo legal”, al asumir otra “identidad *ad hoc*”. El no usar su verdadero nombre, ni siquiera con sus compañeros, constituyó una medida de seguridad para todos los implicados, pero, ciertamente, a un alto costo emocional, ya que el militante se encontraba en la mayoría de las situaciones ocultando su “verdadera identidad civil” frente a las personas con las cuales interactuaba a diario: “*Es decir, el funcionamiento era clandestino, porque de última nosotros teníamos nuestros documentos, pero nadie nos conocía con nuestro nombre legal, nuestras familias no conocían nuestras casas, los compañeros no las conocían. Nosotros, circunstancialmente, no teníamos documentos falsos porque no los necesitábamos, no estábamos buscados, los teníamos por si acaso, pero no los usábamos*”.

A la vez, esta transformación exigió muchas veces un cambio radical de status social, una ruptura con los hábitos pasados ligados a la vida “no clandestina”, requiriéndole una gran capacidad de adaptación a condiciones precarias de vida, en donde debía cambiar permanentemente de domicilio, no podía tener libretas con nombres y direcciones, no podía tener fotografías, ni ninguno de aquellos elementos que en nuestra sociedad hacen a la filiación de una persona. Tal como refiere una de nuestras interlocutoras: “*En diciembre de 1974 fueron a buscar al Flaco a su trabajo [...]. Una patota de C.N.U [Concentración Nacional Universitaria]. Un horario que sabían que tenía que estar. Él llegó tarde. Era el anuncio de que volverían. Tuvimos que dejar nuestra casa porque no sabíamos cuánta información exacta manejaban sobre nosotros. Propuse irnos a Mar del Plata, a la casa de mi padre. En abril de 1975, una mañana muy temprano tenía a [mi hija] en brazos. De pronto, un gran ruido de puertas y violencia. Ante nosotras, jóvenes de civil portaban armas largas apuntándonos. Quedé paralizada. Recorrieron la casa de mi padre habitación por habitación. Se identificaron como del Ministerio de Defensa. Dijeron que no intentáramos hablar por teléfono porque estaban cortados y se fueron. Llegó el Flaco tras ellos, ¡Huimos! Llegó el tiempo del terror para toda mi familia, no sólo para nosotros. Fueron a la casa del Flaco en Berazategui. Cuando se estaban llevando al hermano del Flaco, les dice que nosotros no estábamos ahí. Volvieron a la casa de mi padre. Estaba un hermano mío, lo*

tiraron al suelo y lo golpearon mucho con culatas de FAL. Le exigían que les dijera dónde estábamos. Una chica que ayudaba en la casa les mostró una libreta con direcciones viejas. Partieron a buscarnos quién sabe dónde. Tomamos la decisión de irnos de Mar del Plata. Estábamos mal, como un barquito en medio de la tormenta, sin rumbo, con cambios geográficos día a día, sin casa, un lugar para nosotros, los amigos que casi no podíamos ver porque sentíamos que éramos ‘la peste’, sin trabajo, sin barrio, sin las plantas, sin las cosas queridas de todos los días”.

Es trascendente, en este sentido, la referencia que hace otra de nuestras interlocutoras a cómo debían comportarse para poder continuar militando en un contexto donde la persecución por parte de las fuerzas de seguridad se había profundizado. Cada gesto, cada postura y actitud corporal, era elemental para evitar llamar la atención, ser identificada como posible “subversiva” o delatar la identidad bajo la cual era buscada por el Estado, lo cual podía no sólo ponerla en peligro a ella sino también a otros compañeros y a los operativos coordinados en marcha tendientes a plasmar el proyecto revolucionario. Ello implicó todo un trabajo de camuflaje, al cual se destinaron grandes esfuerzos: “*Las mujeres no podíamos andar en jean, teníamos que andar con pollera porque en las mujeres era como medio detectable que podías ser subversiva, te podían parar porque se fijaban en cómo andabas vestida, entonces teníamos que tener hasta ese tipo de cuidados. Teníamos todas las posibilidades de movernos, pero con muchísimo cuidado. Las mujeres teníamos que salir todas las mañanas a barrer las veredas, para hacer lo que hace una señora de barrio normal, teníamos que fijarnos qué hacían para no ser diferentes*”.

En las entrevistas el “*pase la clandestinidad*”, no obstante, además de ser mencionado como una cuestión de seguridad, es señalado como un *modus operandi* característico de las organizaciones revolucionarias, reflejo de una concepción política determinada. Una de las mujeres interpeladas, al hablar de la pérdida de memoria y la incapacidad de recordar nombres, se retrotrae al pasado y nos dice: “*Yo empecé a militar a los diecisiete años, a partir de ahí jamás escribí un nombre, e imaginate que era un partido legal donde yo estaba, pero nos metieron mucho el tema de la seguridad, la clandestinidad, los métodos leninistas. O sea, yo recordaba muchísimo los rostros, situaciones, pero nunca ni siquiera asociado a nombres de guerra*”.

El “*pase a la clandestinidad*” envolvió un espectro de prácticas y representaciones al interior de las organizaciones político-militares que tuvieron notables consecuencias en su funcionamiento y en las relaciones entre sus miembros. Frente a la persecución enardecida por parte de las fuerzas de seguridad, cada contacto con un referente que permitiera la identificación por parte del Estado, podía implicar la propia “*caída*”⁶ o la de varios “*compañeros*”. De hecho, la mayoría de los militantes ya estaban “*fichados*” o eran buscados desde mucho antes del golpe⁷. Una constante de la militancia clandestina fue, de este modo, el medir lo que se decía y se hacía en una “*cita de control*”, un encuentro casual, y en la vida diaria en general. Los individuos, cuando se encontraban, procuraban no dar ningún dato que hiciera referencia a su militancia y a su ubicación socio-espacial, pues, todos los elementos que permitían identificarlos y localizarlos ponían en peligro su vida y la de sus allegados. El contacto entre militantes, de esta forma, procuró verse reducido a cuestiones operativas, aunque esto raramente se logró, básicamente, por las características inherentes a la génesis de estos grupos, donde muchos eran amigos, familiares o conocidos, y, por los principios de las organizaciones, donde la solidaridad era un valor altamente valorado. De esta forma, paradójicamente, lo inherente a la constitución y continuidad de las “*orgas*” era lo que ponía en peligro a sus miembros.

La tensión entre las estrategias de lucha político-militar predominantes -como ser: la clandestinidad, la compartimentación de la información y el incremento de las operaciones armadas (copamiento de cuarteles y comisarías, secuestros extorsivos, asesinato de miembros de las fuerzas de seguridad, etc.)- y algunos principios valorativos de las organizaciones revolucionarias- como ser: la solidaridad, el trabajo cotidiano con otros “*compañeros*”, el compromiso social, la subordinación de lo militar a lo político-, se manifestó en diversos malestares que, en general, se debieron a un desentendimiento con la organización a la cual pertenecían. Como manifestó una de nuestras interlocutoras: “*Yo era muy cagona y me cuestionaba mucho el tema de la lucha armada. Digamos, me parecía que tenía que ser una cosa de acompañar a la gente, algo que era consecuencia de, no podía ser una cosa descolgada. Yo, por ejemplo, una cosa que siempre me cuestioné fue la toma de los cuarteles. A mí me lo explicaban, pero yo me lo cuestionaba porque: ¿cuál era el objeto?. Sí, está bien, pero no me entraba en la cabeza. Con la lucha armada tenía mis grandes conflictos, cuando se hablaba en la organización yo decía: ‘a mí déjenme’. Yo laburaba a full para la coordinadora de gremios, después hacia cosas para la organización, pero para la*

coordinadora no tenía horarios, me pedían lo que me pedían lo hacía. [...] pero, esa cosa de la lucha armada no. Cuestionaba mucho eso de la lucha armada, la gente no puede mirarte para la mierda, le tenemos que caer bien a la gente, es la forma de ganártelos”.

El predominio paulatino del accionar militar sobre el trabajo político o “*de superficie*”: el que se llevaba a cabo en sindicatos, partidos políticos, gremios, villas, comunidades indígenas, llevó a muchas mujeres a hablar de una “*militarización*” progresiva de la organización en la cual participaban. Al respecto, una de las mujeres entrevistadas refiere cómo la “*clandestinización*” de los llamados “*cuadros*” o dirigentes reconocidos por su trayectoria de lucha ideológico-política, reflejó la preeminencia de una determinada concepción política dentro de Montoneros, que tendió a sobreestimar la lucha armada por sobre el “*trabajo de base*”, despegando al “*aparato militar*” de la “*superficie*”: “*A medida que se fue radicalizando la lucha, militarizando la organización, se fueron clandestinizando los cuadros políticos. La organización progresivamente fue sacando los cuadros que tenía dentro de la superficie, secretarios de algún sindicato... Los sacaban y los metían dentro del aparato para hacer operaciones, porque consideraban que corrían riesgos o porque la organización fue separándose cada vez más de la base, de la gente de los barrios. La organización decidió en este proceso de militarización progresiva y de separación de la gente, de la política, define y vuelca la organización cada vez más a lo militar y de alguna manera abandona la política. No fue sólo una cuestión de seguridad, fue toda una concepción política*”.

El “*descuelgue*” de las operaciones armadas respecto al contexto social y político donde se desplegaban, fue mencionado por varias de nuestras interlocutoras como habilitador de un proceso de profundas fisones internas vinculado al desprendimiento de las llamadas “*bases*”, es decir, la plataforma de trabajo político y reclutamiento de nuevos militantes o simpatizantes de las organizaciones revolucionarias. Tal apreciación es destacada por una de nuestras interlocutoras, quien hace referencia a las consecuencias disruptivas que trajo al interior de su organización, el MRChe, el desbalance de la ecuación político-militar en la “lucha revolucionaria”: “*En un momento se hicieron dos líneas en la organización, que éramos como veinte, diez en cada una. Se discutía el asunto por el que empezó todo el quilombo, tanto en Montoneros como PRT también, el asunto del militarismo. Era toda una discusión, habíamos todo un grupo que planteamos que eso nos iba a alejar de la gente, no es que no estábamos de acuerdo con la lucha armada, pero nos parecía, en todo caso, que las*

acciones que hagan tengan que ver con las cosas que uno está llevando adelante. No puedes poner una bomba en un lugar donde la gente ni sepa por qué se da, que tuvieran relación con lo que estaba pasando, con la situación política. Ahí es donde Montos y PRT empezaron a poner bombas a los milicos y otra serie de cosas. Que no es que no estuviera de acuerdo, pero a veces, cuando se lo hicieron a este zorete que estaba la hija, eran cagadas y mucha gente en ese momento decía que estaba mal. Ese fue un momento de mucha discusión, el '75 [...] si militarizaban más si militarizaban menos. La gente más militarizada se fue al PRT. Porque nosotros no lo veíamos así, porque además éramos pocos, nosotros teníamos que seguir armando las coordinadoras de gremios, bueno lo político era lo que nos iba a enfrentar”.

Un fenómeno que profundizó la percepción de “descuelgue” de las organizaciones revolucionarias, se debió a la compartimentación de la información imperante en ellas. Los militantes se enteraban de ciertas operaciones político-militares de la “orga” por la radio o los periódicos, operaciones que, muchas veces, les parecían controvertidas e -incluso- en las cuales no se sentían representados. Como ocurrió -en el caso de Montoneros- con el asesinato de Rucci, para una de nuestras interlocutoras, o el copamiento del Regimiento 29 de Monte de Formosa, al que hace referencia otra de ellas: “*En esa época la evaluación política de la Conducción Nacional de Montoneros indicaba que teníamos que producir un hecho que fuera lo suficientemente gravitatorio, que golpeara al Gobierno de Isabel y las Fuerzas Armadas, para colocarnos en una situación de Ofensiva Estratégica. Para ello deciden la toma del Regimiento 29. Regimiento de Frontera que actuaba ante las necesidades más perentorias y cotidianas de la población. Fue la 1^{ra} operación contra una unidad militar, muy compleja, en la que participó gente del Norte, de Santa Fe y de Capital Federal. Yo sabía que algo iba a pasar, pero no sabía qué era. Aquella tarde estaba en casa, a las cinco de la tarde prendí la radio, [...] y cuando escuché la noticia del copamiento quedé absorta. Pensé mecánicamente que había sido una acción del PRT-ERP. Fue un día trágico, en el que fallecieron compañeros peleando con soldados formoseños que defendieron a muerte esa unidad de frontera. Las evaluaciones por parte de la Conducción fueron negadoras, responsabilizando al compañero conscripto que iba a permitir el paso halado de fuerzas fuera de foco. La concepción de guerra revolucionaria estaba definitivamente agotada”.*

En cuanto al asesinato de Rucci, una de las mujeres entrevistadas remarcó cómo, para ella, ese evento indicó un “hito” en el devenir de Montoneros. Un hito que, ya en ese entonces, hablaba de una opción política que privilegiaba un tipo de lucha volcada al enfrentamiento armado. Lo cual, sin embargo -vale la pena destacar- no impidió que ella continuara militando activamente: “*Quizás lo más grave del año '74 sea que, la organización, [...] si pretendía una transformación, un cambio, nosotros lo que tendríamos que haber hecho es trabajar dentro de la democracia. En realidad, no aceptamos las reglas de la democracia y nos fuimos militarizando progresivamente, esto es lo que yo creo que fue lo más nefasto. [...] el hecho de plantearse lo armado en plena democracia y estando Perón vivo, era una locura, que renunciaran los diputados teniendo espacio legal para trabajar, para pelear por las ideas, para construir de otra forma... Otra forma de construcción, eso es lo que resignamos. Todos fuimos parte de esto, porque a pesar de que había muchas diferencias dentro de la organización nunca supimos plantearnos realmente, buscar un espacio y, de última, irnos*”.

Otro elemento señalado como indicador de un clivaje en las organizaciones fue la profundización del verticalismo en la toma de decisiones, y la formalización en la supervisión y evaluación de los militantes, la cual se fue sistematizando y perfeccionando al interior de cada una de ellas, a medida que se vigorizaba el accionar militar sobre el “*trabajo de base*”. Al respecto, resulta significativa la respuesta dada por una de nuestras interlocutoras ante la pregunta acerca de cómo funcionaba la toma de decisiones, respuesta donde se visualizan ciertas oscilaciones y contradicciones: “*Nadie lo decía, esto se discutía en los distintos ámbitos. En realidad, había algunos lineamientos, bueno, ¡no! En realidad en algunos casos la conducción elaboraba documentos que se discutían, y ahí se definía si había acuerdos o no, después se discutía qué hacer, qué tipo de operaciones hacer, partía de una discusión política, obviamente, ningún grupo se descolgaba por la libre, cada grupo tenía su responsable, y así iba hacia arriba y hacia abajo, o incluso, en algunos casos había operaciones que venía la orden de que había que hacerlo y se seleccionaba quiénes*”.

La expresión “*un documento bajaba*” se fue imponiendo en muchas de las organizaciones revolucionarias, donde la apertura para discutir criterios políticos de acción se vio cada vez más limitada, a pesar de las desavenencias que existían respecto al rumbo que iba tomando la lucha armada. Como rememoró una de las mujeres entrevistadas: “*En realidad se discutía muchas veces, pero no había apertura como para la discusión, en realidad sí la hubo los*

primeros años. En el '74 fue crucial el cambio de la organización, después del enfrentamiento con Perón, incluso antes. Lo de Rucci nunca se discutió, claro, nosotros tendríamos que haber discutido muchas cosas, incluso cuál era la política del PRT en aquél momento. Por ejemplo, PRT largó Azul a fines del '73 y, en realidad, es lo mismo que lo nuestro. Es no entender la importancia de tener..., de poder aprovechar la democracia para poder hacer política, de hecho la gente empezó a separarse, nosotros empezamos a separarnos de la gente. Porque la gente no se avenía a ningún tipo de actividad más dura en este sentido, armada o militar. En realidad, no supimos ver ni aprovechar esos espacios, nos retiramos de esos espacios que eran invaluables. La organización se fue cerrando cada vez más y, cada vez, hubo menos espacio para la discusión, tanto es así que no eran bien mirados los compañeros que planteaban críticas o dudas, esto cada vez fue menos permitido".

El centralismo y el verticalismo en la toma de decisiones se profundizaron al interior de las organizaciones a medida que se amplificaba la persecución sobre sus militantes, donde las posibilidades de continuar con la “lucha revolucionaria” se iban cercando cada vez más. Lo mismo ocurrió con la clandestinidad y la compartmentación de la información. Si bien ello pudo responder -básicamente- a cuestiones de seguridad, sus implicancias fueron mucho más allá. La participación de los miembros en la discusión política –trasfondo de las operaciones armadas- se vio fuertemente limitada, los grados de jerarquía se estamparon en jinetas (materiales o simbólicas) y las diferencias expresadas por estas últimas se hicieron sentir en la vida cotidiana de cada uno de los militantes.

Las posibilidades de continuar militando comenzaron a depender cada vez más de la organización y el cargo que se ocupara en ella. Por ejemplo, no todos los miembros eran mantenidos económicamente por la “orga”, sólo aquellos que se dedicaban cien por ciento a la “lucha revolucionaria”, es decir, aquellos que se encontraban en el “*aparato militar*”, generalmente “*clandestinizados*”, y -por ende- no tenían otra entrada de dinero. Un problema se planteó, sin embargo, cuando la mayoría de los militantes debió “*pasar a la clandestinidad*”, lo cual implicó abandonar el trabajo, no siendo tarea simple -en esas condiciones- procurarse otro. Ahí, el nivel de prescindibilidad o imprescindibilidad dictado por la “orga” y las diferencias de status social entre los militantes-en tanto la ayuda económica que les pudieran prestar sus respectivas familias- entraron a jugar con fuerza. Muchos de los militantes se vieron en serias dificultades, peregrinando de casa en casa, sin

recursos. Una de nuestras interlocutoras ilustró esa situación de la siguiente manera: “*El contexto era de guerra. A través de los puentes organizativos, nos dan dos posibilidades: ir a Tucumán o ir al Chaco. En ésta provincia estaba mi amigo [...], que me había contactado al principio. Ahí, junto a él, se abría nuevamente una esperanza. Como ser humano hacia la vida mucho más fácil. Decidimos irnos. Nos instalamos en Resistencia donde se produce un fenómeno contrastante: estábamos desinsertados, no conocíamos a casi nadie, todo parecía extraño*”.

Tal situación se vio agravada por el grado de compartimentación que habían alcanzado las organizaciones revolucionarias, lo que hacía que -fundamentalmente- en el caso de un “*militante de base*”-, si los demás miembros de la “*célula*” o su responsable “*caían*”, él pudiera quedar desconectado, perdiendo todo contacto con la “*orga*”. Como menciona una de las mujeres entrevistadas: “*Después del Golpe, muchos compañeros se iban porque quedaban colgados. No había cómo engancharse. Como era todo compartimentado nadie sabía quién era quién, nadie se conocía con nombre y apellido, mucho menos los domicilios. Se funcionaba así [...]. En mi caso, a mí la verdad que no me tocó esa experiencia de quedar desenganchada, puedo contar anécdotas de otros que les pasó de andar girando en casas de conocidos, de no tener un mango, de no poder ir a casa de las familias, de vivir escondidos en algún lugar, en algunos casos de poder meterse en alguna embajada, en algunos casos de salir a Uruguay y de ahí a Brasil. La organización sólo bancaba económicamente a sus cuadros superiores, al resto no. Realmente, los compañeros quedaban en banda. [...] A mí no me pasó, pero, tampoco me pasó por el lugar que ocupaba -no tanto yo- sino mi marido, que lo mataron, que era un cuadro de Conducción. Nosotros la verdad que, en ese sentido, dentro del aparato, siempre tuvimos guita y este problema no lo tuvimos, además de alguna manera uno corta con la familia, pero no al 100%*”.

Paralelamente a la consolidación de los aparatos represivos del Estado, en un contexto de profundización de los enfrentamientos políticos entre las organizaciones revolucionarias y las fuerzas de seguridad, el ala sindical del peronismo y el empresariado, las mujeres comenzaron a percibir como sus propias “*orgas*” iban entrando en un proceso de “*clandestinización*”, “*burocratización*” y “*militarización*”, coartándose la posibilidad de reproducir los principios valorativos de las organizaciones revolucionarias, donde la solidaridad, la reciprocidad y la lealtad eran valores altamente estimados.

En una marco donde los militantes se encontraban vigilados en cada movimiento, donde las “*caídas*” se volvían cada vez más frecuentes, la cadena de dones comenzó a deteriorarse, mermando la confianza en la organización. A ello se sumó la limitación de la discusión política interna, la cual más se clausuraba a medida que aumentaban el desencantamiento y las inseguridades por parte de algunos de sus miembros. Las diferencias políticas, entonces, comenzaron a prevalecer sobre los acuerdos, y las divergencias entre las apreciaciones personales y las razones del colectivo político comenzaron aemerger significativamente dentro de las respectivas “*orgas*”, dando lugar a hondos malestares que, en unos casos, se llegaron a expresar en disidencias. Proceso interno que se vio clausurado abruptamente con la multiplicación de las detenciones, asesinato y “*desaparición*” de cientos de militantes.

Considerando lo anterior, creemos que siempre es un buen momento para seguir reflexionando sobre cómo determinados acontecimientos condujeron a la muerte de miles de hombres y mujeres que lucharon por alcanzar un cambio revolucionario en un contexto social percibido como extremadamente injusto. También esperamos que la multiplicación de este tipo de investigaciones colabore a repasar diversas formas de participación política y los términos que utilizamos para referirnos a ella, como el de “militancia”. Pues, crear nuevas palabras, si bien no alcanza, al menos ayuda a proyectar nuevas realidades.

Notas

¹ La problemática planteada se sustenta en una investigación más amplia vinculada al relevamiento y análisis de las trayectorias de vida de un conjunto de mujeres provenientes de distintas provincias del país (Buenos Aires, Tucumán, Santa Fe y Córdoba), que militaron en diversas organizaciones revolucionarias (Montoneros, Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejercito Revolucionario del Pueblo, Descamisados, Peronismo de Base, Fuerzas Armadas Revolucionarias, Fuerzas Armadas Peronistas, Movimiento Revolucionario Che Guevara) y que fueron secuestradas en distintos centros clandestinos de detención (CCD) hasta ser confinadas en cárceles de máxima seguridad. Para mayor información véase: Guglielmucci, Ana (2003).

² La categoría de reciprocidad o intercambio de dones ha sido largamente desarrollada por la antropología. Aquí nos remitimos a los trabajos de Malinowsky (1972), Gouldner (1979), Bourdieu (1980) y Sahlins (1983).

³ Las organizaciones revolucionarias argentinas adoptaron una estructura de tipo celular para operar político-militarmente, siguiendo los principios de compartimentación táctica. Por razones de seguridad, se conformaron unidades operativas básicas (generalmente de cuatro personas), denominadas comúnmente “ámbitos” o “células”, que sólo conocían de la estructura general el mínimo indispensable para su eficaz funcionamiento. Sus miembros debían remitirse siempre a un responsable, el cual funcionaba como nexo con una instancia superior de mando. En ocasión de acciones especiales, sin embargo, miembros de diferentes “células” podían formar “comandos”, los cuales podían disolverse o no luego de cumplir con la operación encargada por la “organización”.

⁴ El término “*proletarización*” es utilizado coloquialmente para referirse a la estrategia por la cual los militantes entraban a trabajar a una fábrica para imbuirse de los problemas de los trabajadores y, en un sentido general, entrar en contacto con la “pobreza”. Como estrategia política, ello permitiría la captación de “simpatizantes” con la lucha revolucionaria y el desarrollo de mayores grados de concientización entre los militantes. Al mismo tiempo que, en sintonía con la tesis de Lenin, permitiría avanzar sobre el grado de organización de los obreros de las grandes fábricas, considerada la principal fuerza del movimiento revolucionario, no sólo por su número, sino más bien por su influencia, desarrollo y capacidad de lucha.

⁵ En la obra de González Janzen (1986) sobre la Triple A se pueden consultar la genealogía y funcionamiento de diversos comandos para-estatales.

⁶ El término “caída” es utilizado por las mujeres entrevistadas para referirse a la detención propia o de otros militantes por parte de las fuerzas de seguridad.

⁷ En los diarios nacionales de principios de la década del setenta (1970-1973) se pueden ver las fotografías y leer los “prontuarios” de varios militantes de organizaciones revolucionarias que participaron en marchas, huelgas, velorios, u operaciones armadas durante aquel período. Esta biografía oficial, muchas veces iba seguida del anuncio: “buscados”, alertando a la población sobre el peligro que representaban para la sociedad y solicitando su colaboración para localizarlos.

Bibliografía

Bourdieu, Pierre (1980), *Le sens pratique*, Ed. Minuit, Paris.

De Certeau, Michel (1981), *Croire: Une pratique de la différence*, Documents de travail, Centro Internazionale di Semiótica e di Linguistica, Universita d’Urbino, Italia, N°106, serie A, setiembre 1981.

De Ipola, Emilio (1997), *Las cosas del creer. Creencia, lazo social y comunidad política*, Ariel, Buenos Aires.

Durkheim, Emile (1968), *Las formas elementales de la vida religiosa*, Schapire Editor, Buenos Aires.

Durkheim, Emile (1973), *De la división del trabajo social*, Schapire Editor, Buenos Aires.

Gouldner, Alvin (1979), *La norma de la reciprocidad: formulación preliminar*, En: “*La sociología actual. Renovación y crítica*”, Editorial Alianza, Buenos Aires.

Guglielmucci, Ana (2003), *Prácticas y representaciones de mujeres ex presas políticas del penal de Villa Devoto (1975-1983)*, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Ciencias Antropológicas, 10 de marzo de 2003.

Malinowski, Bronislaw (1972), *Los argonautas del Pacífico Occidental*, Península, Barcelona.

Sahlins, Marshal (1983), *La economía de la Edad de Piedra*, Akal, España.